



Decoración de la casa del Sr. Fernández Varela, Comisario General de la Santa Cruzada, con ocasión del natalicio de Doña Isabel de Borbón. (Año 1830). "La galería emplazada en el frente es para la colocación de la música, en ocasión de celebrarse con iluminación general por la M. H. Villa de Madrid."

LA ARQUITECTURA EN 1844

Por M. LOPEZ OTERO

I

¿Cuál era el estado de la arquitectura en España al establecerse nuestra Escuela Especial?

Europa se hallaba en pleno romanticismo, fenómeno acerca del cual nunca se dice la última palabra, y que permanece aún impreciso en aquellas actividades del espíritu más estudiadas, tales como la novela, la poesía y la música románticas. Influyendo en otras esferas de lo intelectual, en la filosofía y las artes y hasta en las costumbres, parece que habría de afectar también a la arquitectura, como así es, en efecto. Sin embargo, no nos atreveríamos a afirmar que exista una "arquitectura romántica", por lo menos con los caracteres peculiares y exclusivos que el romanticismo ha señalado en la literatura y en el teatro y en la música, diferenciándolas de las de otras épocas.

Pero el hecho es que aquella gran manifestación artística coincide con nuevos ideales de orientación de la arquitectura; lo que en esto haya de casual o de

efectiva intervención de las fuerzas románticas, con resultado patente, sería materia de discusión interesante. De todos modos, tal arquitectura, que se desarrolla paralelamente al romanticismo filosófico y literario, no ha sido aún estudiada entre nosotros, como, a pesar de su modestia, se merece. Porque nos adelantamos a decir que en España, en aquella precisa fecha, es una arquitectura pobre, retrasada y todavía de escaso valor. Pero lo tiene, y notable, la influencia de la Escuela recién establecida, en su posterior desarrollo; en lo que pudiera llamarse arquitectura isabelina, la que se encuadra en el movimiento arquitectónico europeo contemporáneo.

II

El afán investigador de los arquitectos del neoclasicismo del siglo XVIII, arquitectos viajeros y dibujantes, no se contentó con estudiar y asimilar la arquitec-

tura helénica de todos sus períodos, sino que lo extendió a los estilos orientales, de tal modo, que al surgir el romanticismo en la literatura, ya disponía el arquitecto de otras formas y modelos que no eran solamente los de la preceptiva greco-romana.

El mismo sentido crítico de los arquitectos, que permitió analizar y revalorizar los estilos anteriores a Roma, se vió acuciado después por el entusiasmo de los poetas y literatos y de las gentes cultas hacia la arquitectura medieval. Y a consecuencia de ese impulso estudiaron los arquitectos ingleses, alemanes y franceses los grandes ejemplares religiosos y civiles de la propia arquitectura gótica nacional. “El goticismo arquitectónico —dice Menéndez y Pelayo en su estudio del romanticismo francés— nació en el círculo de literatos románticos por sentimiento, pasando por sentido histórico a los arqueólogos y por análisis crítico y técnico a los arquitectos, a la manera de Viollet-le-Duc”.

La arquitectura europea, con el neo-helénico, el neo-gótico, la consideración de los estilos orientales y, al fin, la imitación del propio Renacimiento, había entrado en el “eclecticismo”. Ello era tanto como romper con la preceptiva académica, con el dogma único, proclamando los derechos del arquitecto artista, el cual podía escoger un estilo adaptándolo a los nuevos programas que se le imponían y realizarlos según sus medios de construcción. Era la libertad, en fin, y la oposición a lo académico como dogma exclusivo. En

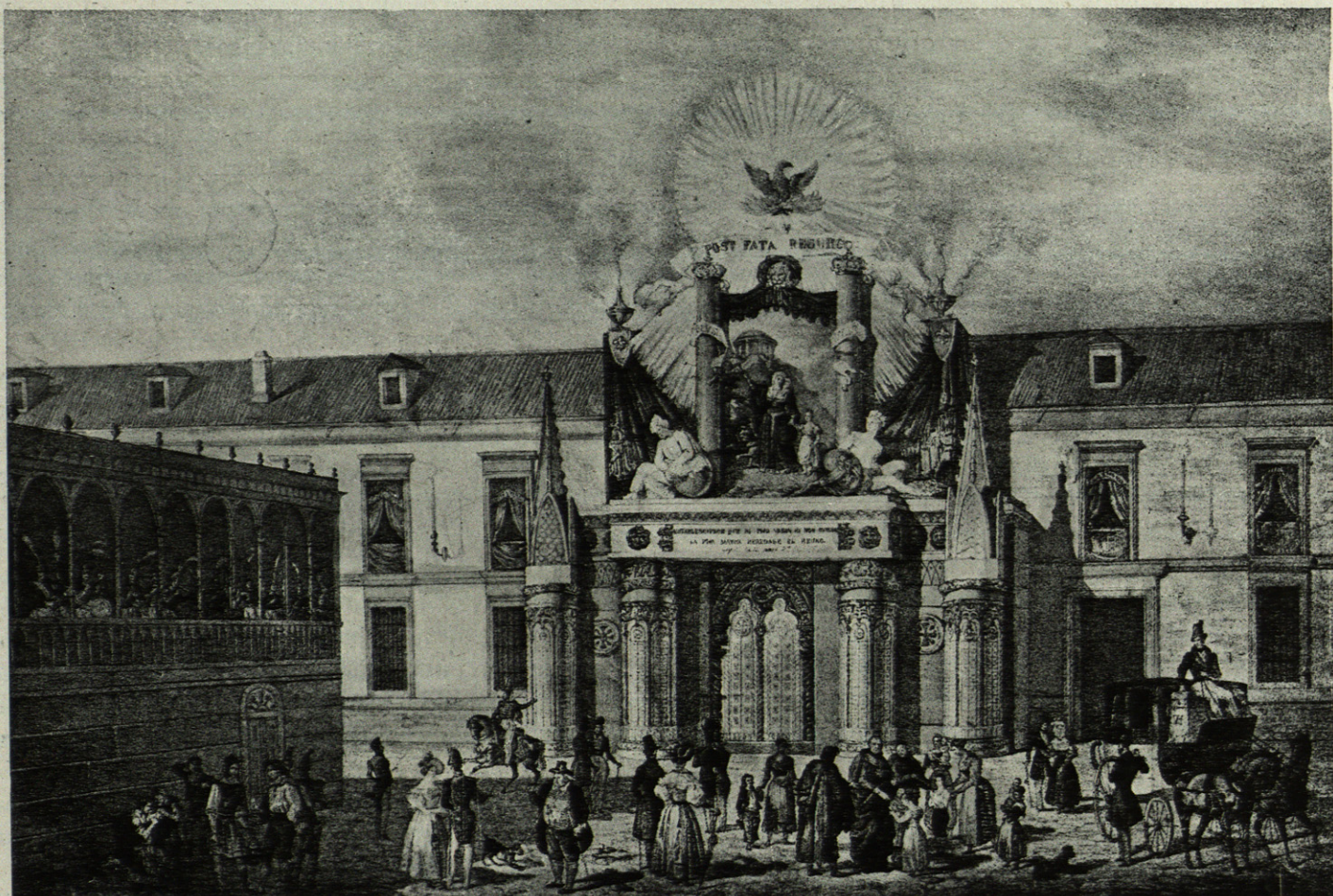
esto se parecía la arquitectura a las demás manifestaciones del romanticismo. Sólo así podría considerarse como existente la arquitectura romántica.

III

Tanta diversidad de posibilidades se concretan, en aquellos años centrales del siglo XIX, en dos modos principales: el clásico neo-helénico, continuación y consecuencia del período anterior, y el neo-gótico, con preferencias nacionales. Es sabido que la resurrección del arte medieval es considerada en Alemania como una exaltación de los valores germánicos, después de las guerras napoleónicas; en Inglaterra, también como una aportación a la gloria ascendente del Reino Unido; en Francia, cuna del arte ojival, como un orgullo histórico.

Lo interesante es que, por primera vez, esta dualidad en la interpretación y adaptación de estilos tan dispares se dé en un arquitecto al mismo tiempo y con idéntico interés, aunque sin aquella fe en el estilo único, en la “verdadera arquitectura”, lo cual se explica porque ahora domina el sentido crítico y el aspecto intelectual más que el innato y sencillo sentimiento de los pasados siglos, donde el arte se cultivaba como respirando una atmósfera natural.

Representan esta dualidad heleno-gótica, avanzada del posterior múltiple eclecticismo, Schinkel en Ale-



Decoración de la casa de D. Manuel Fernández Varela, con ocasión de haber jurado como heredera del Trono de España Doña Isabel de Borbón.

mania y Berry en Inglaterra, cuyas obras se divulgan y llegan a España en grabados y litografías. De la obra de Carlos Federico Schinkel (1761-1841), de sus perfectas creaciones griegas y de sus fantasías ojivales, existen preciosos volúmenes en la Biblioteca de nuestra Escuela. Carlos Barry (1795-1863) une a sus primeras composiciones clásicas el posterior gran triunfo gótico del Parlamento de Londres.

Schinkel y Barry, como Alavoine y Debret, en Francia, y otros contemporáneos, se formaron en el más puro clasicismo; estudiaron a fondo las arquitecturas griegas; compusieron con sus formas magníficos edificios; pero al mismo tiempo, y con idéntico espíritu analítico, se dedicaron al estudio de los grandes ejemplares medievales de sus respectivos países, al calor de las literaturas románticas. De este sincrónico entusiasmo por las arquitecturas de la Edad Media y de su amor a los templos y castillos surgieron después los arquitectos restauradores, creando una nueva doctrina, cuyo valor principal fué Viollet-le-Duc. Y todo esto sí que es evidente fruto del romanticismo.

Tras el neo-helénico y el neo-gótico, los demás estilos antiguos, el paladiano y al fin el barroco francés, completan el gran surtido de formas de todos los tiempos. Como se ha dicho acertadamente, en menos de un siglo se sacaron a relucir los estilos de dos mil quinientos años.

A este prolífico eclecticismo, nacido de la investigación y del amor por lo retrospectivo, pero respetuoso con el carácter, siguieron en toda Europa, por afán de renovación y originalidad, las interpretaciones personales, dando lugar a adulteraciones, algunas veces monstruosas. Ese deseo de novedad, no satisfecho, engendró después las efímeras "arquitecturas modernas", para venir a parar en nuestros tiempos a la "nueva arquitectura", que interrumpió, o borró definitivamente, la catástrofe de la guerra presente.

IV

En España, el neoclasicismo del siglo XVIII, puro y fuerte, de marcada influencia herreriana, pero noble y elegante al mismo tiempo, de D. Juan de Villanueva, se extingue con la vida de este glorioso maestro. En el período fernandino (1814-1833) se suceden las luchas políticas, y el estado de penuria del país no permite el desarrollo de la arquitectura. Lo poco que se hace lo hacen los discípulos de D. Ventura Rodríguez más destacados, como su sobrino Mariano Martínez Rodríguez, y, sobre todo, hasta 1825, Silvestre Pérez, el arquitecto culto, erudito, amigo de Moratín, dibujante excelente, cuya biografía redactó Cea Bermúdez. Su manera neo-clásica, personal, seca, dura y abultada, se aplica en obras en las provincias vascas (reconstrucción de San Sebastián, iglesia de Motrico, teatro de Vitoria, etc.).

Con ellos, los más importantes arquitectos de este período, escaso de frutos, son otros discípulos de Villanueva: López Aguado, que al principio siguió la manera del maestro en los palacios de Villahermosa y de Tepa; después, más fino y decadente, en la Puer-

ta de Toledo, arco de triunfo erigido en honor del monarca Deseado (1827), y en el nuevo teatro de Oriente, que se terminó mucho después de su muerte (1831).

Juan Antonio Cuervo reconstruye la iglesia de Santiago y Tiburcio Pérez Cuervo, el retratado por Goya, traza la fachada del Colegio de Medicina de San Carlos (que terminó Mariátegui), el Colegio de la Farmacia, Convento del Espíritu Santo y después el estamento de Procuradores reformando el viejo. Fuera de Madrid, otro edificio bien característico es la Casa de Juntas Forales de Guernica, que en 1824 comienza Antonio Echevarría.

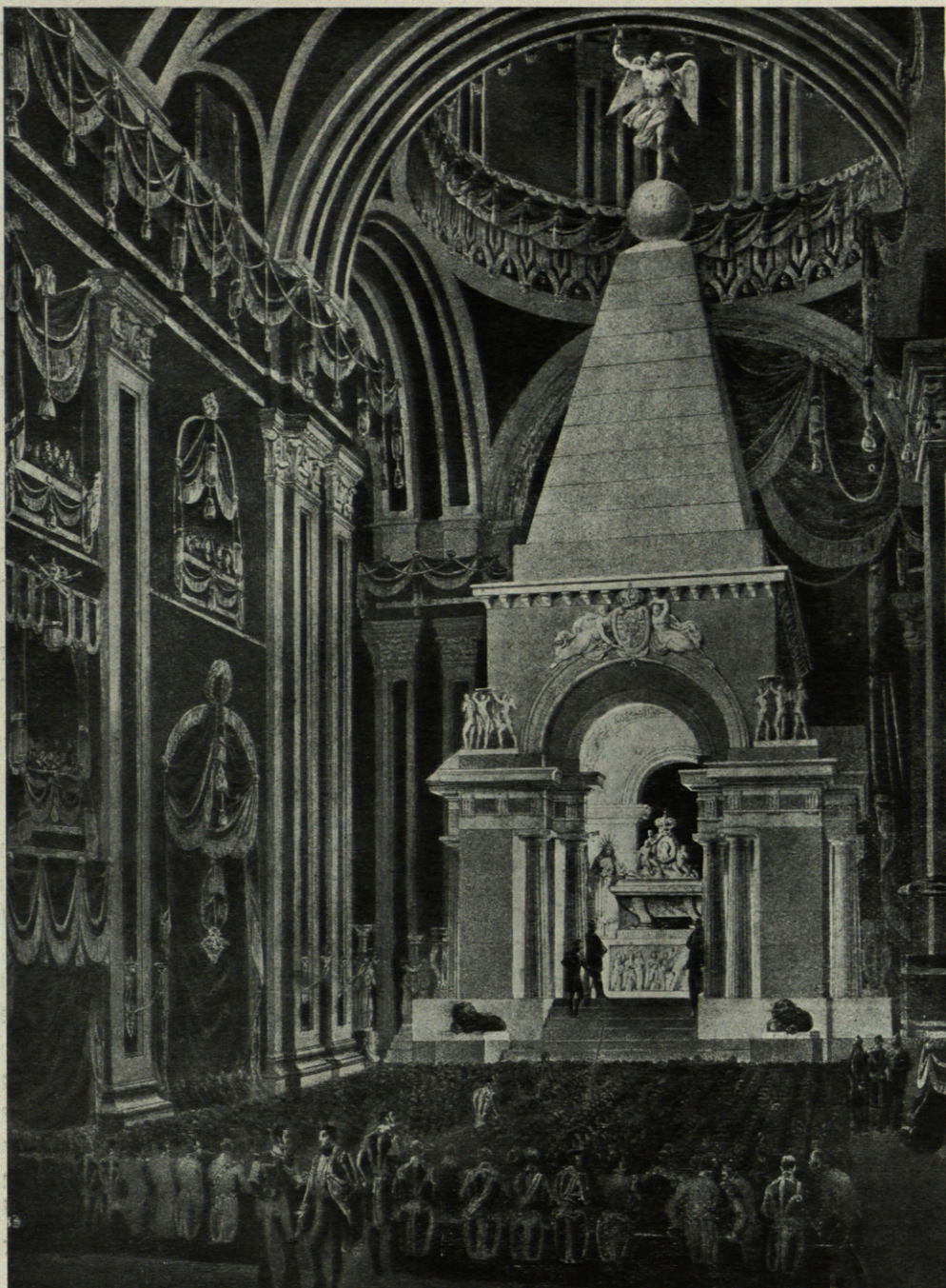
D. Isidoro González Velázquez, discípulo de Villanueva (1765-1840), formado en Grecia y Roma, es el arquitecto fernandino por excelencia. Quizás el proyecto más importante de la época sea la urbanización de la Plaza de Oriente (1817). En medio de tanta inquietud espiritual, todavía se piensa en mejorar el aspecto urbano de Madrid, y aquel proyecto, muy discutido y fracasado por falta de medios económicos, con sus columnas neo-dóricas, de bien aplicada ornamentación, es una excelente muestra de la corrección y elegancia del arquitecto, que ya había dado prueba de su exquisitez decorativa en la Casa del Labrador de Aranjuez. Su proyecto de teatro de Oriente fué pospuesto al de su rival López Aguado, y como arquitecto palatino, realizó otros proyectos en los Sitios Reales. Además del pedestal de la estatua de Cervantes en Madrid (escultura de Solá), trazó el monumento más importante de la época: el Obelisco del Dos de Mayo, según concurso público en 1821, y no terminado hasta 1840, donde se reúnen las esculturas de los mejores artistas contemporáneos.

Los cementerios, ya formados en esta época, se llenan de arquitectura funeraria de escaso valor y la edificación privada se reduce a la de algunos, pocos, inmuebles, pues Madrid va renovando lentamente su caserío. La construcción urbana no puede desenvolverse bien en aquellos agitados años. Quizás lo más importante sea el palacete denominado "Casino de la Reina", regalado a la segunda esposa de Fernando VII por el Ayuntamiento de Madrid, en 1816.

Toda esta arquitectura fernandina es una manifestación, ni copiosa ni brillante, de neo-clasicismo, poco personal, más helénico en González Velázquez, con algunas notas de la moda egipcia en lo funerario. En esto hay que consignar el "capricho arquitectónico", que es el dibujo de Goya existente en el Museo del Prado, pirámide mausoleo a los héroes de la Independencia.

Tal arquitectura, consecuencia de la formación neo-clásica de sus autores, no se ve aún alterada por ninguna floración neo-gótica, que ya en otros maestros europeos había empezado a asomar como influencia o simultaneidad del romanticismo. Los asombros poéticos o literarios de algunos cultos varones, como Jovellanos, por la arquitectura medieval, no marcaron prácticamente todavía huella alguna.

Y aun la enseñanza, en la Academia, seguía siendo preceptiva. Se conserva en su archivo un proyecto de examen de mérito de Aguirre Zubillaga (1818); el



Exequias de Fernando VII.

Diseño del cenotafio y decoración interior de la Iglesia de San Isidro de Madrid.
F. X. de Mariátegui, Arquitecto Mayor de esta Muy Honorable Villa, lo inventó y dirigió.

tema es: "Una catedral cuyo trazado había de seguir estrictamente las reglas de Vitrubio".

El siguiente período (1833-1843) es el de las Regencias, en la menor edad de Isabel II. Ahora las luchas políticas terminan en una cruel guerra civil, que tampoco permitía el desarrollo de las artes y menos de la arquitectura.

Con González Velázquez, ya anciano, comparten la importancia profesional Custodio Moreno, que cerró el Oratorio del Caballero de Gracia con armónica fachada, terminó el teatro de Oriente, comenzado por su autor, López Aguado, y como arquitecto de la Corte edificó las Reales Caballerizas.

D. Francisco Javier Mariátegui, el arquitecto amigo de Espronceda y de los literatos románticos del

Parnasillo, es el autor del Obelisco de la Fuente Castellana (hoy en la plaza de Manuel Becerra), erigido para conmemorar el nacimiento de Isabel II; de la Fuente de la Red de San Luis y de la adaptación del Noviciado a la Universidad Central, obra que terminó Pascual y Colomer, quien con Inclán Valdés y Aníbal Álvarez completan el cuadro de notabilidades de ese período, en el cual el Marqués de Pontejos, insigne Corregidor de Madrid, comienza a inspirar reformas urbanas, que solamente en el período siguiente pudieron tener efectivo desarrollo.

La creación del paseo de la Fuente Castellana, la formación de la plaza de Bilbao en 1837, el mercado de San Ildefonso un año antes, y al final de este período, la urbanización definitiva de la plaza de Orien-

te, son obras urbanísticas importantes para aquel tiempo de penuria, en el que el Gobierno cristino no tenía dinero para pagar el ejército que defendía sangrientamente el trono de la inocente Isabel.

Todas estas obras son de arquitectura neo-helénica, de modestas pretensiones y del mismo carácter que las del período anterior. Pero aquí apunta ya la modalidad neo-gótica, aunque en obras triviales y efímeras. Así, la decoración de la Casa del Comisario General de Cruzados Fernández Varela, con motivo de las fiestas que celebró la M. H. Villa en octubre de 1833, por la jura como heredera de la Corona de España de la princesa. Esta composición era un amasijo de formas góticas en una armazón clásica. Al nacimiento de aquella, la misma fachada se decoró con otra composición gotizante, a modo de castillo de tres cuerpos, más armónica y afortunada en proporciones y detalles.

De la misma categoría era el arco medieval, con cubos y almenas, levantado en la calle de Alcalá para celebrar el regreso de la Reina Gobernadora en 1844; la "pieza gótica" del café del Espejo y poco más. O sea nada, en relación con las composiciones ojivales de los grandes arquitectos europeos de aquellos días.

Las obras más importantes que se realizaban en Madrid al crearse la Escuela Especial de Arquitectura eran: el Congreso de los Diputados, comenzado el año anterior, según el proyecto de Pascual y Colomer, correcto a la manera circunspecta de este arquitecto, el más schinkeliano de todos los españoles, y la fuente-pedestal de Felipe IV en la plaza de Oriente, con las esculturas de los ríos Jarama y Manzanares, obras de Francisco Elías y de José Tomás.

De viviendas particulares, se estaba terminando un *gran bloque*, como ahora se diría: "las famosas casas de Cordero", edificadas por un acaudalado negociante sobre parte del solar del antiguo y célebre Convento de San Felipe el Real, entre las calles Mayor, Espartero, San Esteban y Correo; *bloque* compuesto de cinco casas desiguales, sobre una superficie de 40.000 pies cuadrados. Tenía una extensa galería de entrada al patio principal, en cuyo centro se elevaba una preciosa fuente que embellecía aquel sitio, dedicado a establecimiento de baños. Su coste fué de cinco millones y medio de reales, con una renta anual de 40.000. En la planta baja se instaló el "Nuevo Café de Pombo". Su arquitecto fué D. Juan Sánchez Pescador. Un crítico de la época, después de alabar la composición de las fachadas, se lamentaba "que no hubiese en tan gran inmueble un pasaje para cafés, fondas y tiendas, y como paseo en días de lluvia...".

Esta afición a los pasajes o galerías cubiertas, sin duda importada del extranjero, era evidente, pues al propio tiempo se construyó la galería del "Bazar de la Villa de Madrid". El mismo crítico de antes dice "que tiene decoración *plateresca*, que en virtud de la moda va invadiendo nuestros edificios". "El arquitecto —añade ingenuamente— se ve precisado con frecuencia y contra su voluntad a seguir los mandatos de esa moda..."

Tres años antes se construyó la galería comercial y mercado de San Felipe Neri, en el local que ocupó este Convento en la plaza de Herradores. Era obra del

arquitecto D. Mariano Marco-Artu, y de gusto "gótico-arabesco". Y tres años después el pasaje de la calle de la Montera, que todavía existe.

V

La arquitectura en España, en esa fecha, no era, pues, muy brillante. A ello contribuyeron, sin duda, las desgracias políticas nacionales; pero también, según el preámbulo del Decreto de 25 de septiembre de 1844, la deficiente enseñanza de tan noble arte. La reforma de los estudios que suponía tal disposición, fué estimulada por los propios arquitectos, incluso por los académicos, que en su eficacia fundaron grandes esperanzas. Lo que no ofrece duda es que la introducción en el nuevo plan de la Historia de la Arquitectura, del Análisis Crítico de los monumentos de todas las edades y las expediciones artísticas de los alumnos a las ciudades históricas españolas, permitieron un buen conocimiento de los estilos antiguos, fijando definitivamente el criterio ecléctico, acorde con el sentido general europeo.

Los programas de nuevos edificios, la rápida asimilación de invenciones y descubrimientos, juntamente con el progreso mercantil e industrial, que comenzó a desarrollarse en España a partir de la mayor edad de la Reina hasta su destronamiento, favorecieron el desarrollo de la arquitectura, basada en aquella libertad de adaptación, a distribuciones y organizaciones especiales, de los elementos decorativos y ornamentales de todos los estilos, cada vez más depurados y contrastados con las fuentes originarias. Esa libertad era además facilitada por los nuevos materiales y sistemas de construcción, que empezaron por entonces a conocerse y emplearse. En la Escuela y en las oficinas particulares de los arquitectos comenzaron a recibirse las numerosas publicaciones extranjeras, Revistas y Diccionarios, que aumentaron la cultura técnica y el acercamiento a la ideología y modos de la arquitectura imperante.

El arqueologismo indígena también contribuyó a este desarrollo. Las ediciones de los *Monumentos arquitectónicos* y de los *Recuerdos y bellezas de España*, así como los cuadros y litografías de los pintores románticos y la divulgación, aunque con pobres medios, en periódicos artísticos, de los ejemplares tipos de la arquitectura nacional, hicieron ambiente favorable para la aceptación de aquellas adaptaciones, de tal modo que, hacia la revolución de 1868, el gusto público era tan ecléctico como el de los propios arquitectos y semejante al clima artístico de los demás países, aunque llevábamos un retraso importante en relación con las manifestaciones goticistas de Francia, Inglaterra y Alemania.

La influencia de la Escuela comienza pronto a notarse. De las primeras promociones salieron los arquitectos restauradores y analizadores de nuestros monumentos medievales: Madrazo, Cubas, Rogent, Demetrio de los Ríos, Aparici; estos y otros formaron un grupo reducido, pero importante en calidad, iniciado

en las aulas y estudios de la Escuela, elevada a la categoría de Superior en 1857.

Pero la modalidad clasicista neo-helénica, en sus formas decorativas y ornamentales, fué la preferida para los escasos edificios públicos y para la mayor parte de los privados que, como negocio de colocación de capital, comenzaron a levantarse, por el derribo de viejas casas o de iglesias y conventos, así como en las zonas de ensanche de la Villa, en constante crecimiento.

Esas casas de vivienda, típicamente isabelinas, de las que existen algunas bellísimas, obedecen a un tipo determinado de composición sencilla y clara, con repetición de pisos e igualdad de huecos, molduración fina, ornato generalmente profuso y bien aplicado, pobres de materiales (es escasa la piedra), y por ello un poco presuntuosas, pero muy a escala con la calle madrileña.

Esa corrección y respeto a formas y ornatos clásicos, el escaso relieve, la ornamentación copiosa y me-

nuda aplicada a palacetes de poca altura, origina un tipo que alcanza cierta modalidad de estirpe nacional, que pudiera denominarse “neo-plateresca”, y cuyos ejemplares más importantes son el bellissimo palacio de Salamanca y los de enfrente, en el paseo de Recoletos.

El neo-goticismo, aparte de la importante labor restauradora, se aplicó principalmente a la construcción de templos y conventos y a la arquitectura funeraria, y tuvo poca aceptación en la civil.

Son también de mediados de siglo las importantes reformas urbanas como el ensanche de la Puerta del Sol y el trazado, no muy feliz, de nuevos barrios.

En la época isabelina, el eclecticismo es respetuoso con la pureza de los estilos. En los años posteriores prende también en nuestros arquitectos el deseo de la originalidad, deformándolos caprichosamente. Búscase lo nuevo; anhelo que conduce al fin a las arquitecturas modernas de final del siglo y del presente, tan lejos de la ideología de los arquitectos de 1844.

BIENHECHORES DE LA ESCUELA DE ARQUITECTURA

No han sido muchos en comparación con los que en otras Escuelas semejantes, sobre todo extranjeras, han manifestado su amor a la enseñanza de la arquitectura.

D. Manuel Aníbal Álvarez fundó en 1927 un premio, que denominó “Aníbal Álvarez”, en memoria de su padre, también ilustre arquitecto y director de la Escuela. El capital de esta fundación es de 81.500 pesetas, con cuya renta se otorga anualmente un premio al alumno de Proyectos que, a juicio del claustro de profesores, sea merecedor de él.

La Real Academia de San Fernando concede anualmente becas y premios de la “Fundación Carmen del Río”, así como las becas del “Conde de Cartagena”, que administra también aquella Real Corporación, contribuyendo también al progreso de nuestra enseñanza.

A esto hay que agregar las becas establecidas por el Ministerio de Educación Nacional.

Los protectores de la Biblioteca han sido varios. En primer lugar se destaca el benemérito patricio D. Juan C. Cebrián, por la importancia de su donativo, que aumentó considerablemente la calidad de fondos de

aquella colocándola al nivel de las más importantes de su especialidad, particularmente en revistas, de las que se recibían en 1936 en número de 73. Los libros catalogados de este importante donativo pasaban de 4.000, todos de gran valor, y de los cuales se han perdido una parte.

D. Federico Aparici dejó también un legado de libros de Construcción, materia que explicó durante muchos años.

Asimismo son importantes los legados de D. Vicente Lampérez y de D. Martín Pastel, integrados por volúmenes de sus respectivas especialidades.

El legado del arquitecto Pingarrón se compone de libros adquiridos con una cantidad donada por dicho señor, todos ellos de elevado precio, y casi todos perdidos durante la guerra.

La “Colección Albiñana” se compone de 1.150 volúmenes y 200 folletos (casi todos de Estética y Teoría de la Arquitectura), que este catedrático pensó en donar a la Escuela. Fallecido sin testar, y dada su importancia, fueron adquiridos por el Estado, con destino a nuestra Biblioteca, así como su excelente fichero de Arte.